



LA PRINCESA CARLOTA Y SU DRAGÓN MASCOTA

(Personaje inspirado en “La Princesa Listilla” de Babette Cole, Ed. Destino).

AUTORAS: MARISA REBOLLEDO DESCHAMPS Y SUSANA GINESTA GAMAZA (EQUIPO ÁGORA)

La Princesa Carlota no es una princesa corriente de esas que aparecen en los cuentos. Ella es la Princesa del País de los Cuentos al Revés, un país donde todo es diferente y las princesas no sueñan con un príncipe azul, sino con viajar y ser astronautas.

Carlota es una princesa muy divertida, le encanta jugar con los animales, correr por el bosque, subirse a los árboles y sobre todo pasar horas y horas jugando y divirtiéndose con sus amigas y amigos.

Ella no espera al príncipe mientras limpia el castillo, sino que se dedica a viajar, a tener aventuras y a conocer sitios nuevos. Todo esto no vayáis a pensar que lo hace solita, ¡qué va!, ella siempre va acompañada de su mascota preferida, el Dragón Buba.

Buba tampoco es un dragón corriente. Es tímido, algo miedoso y bueno como un trozo de pan. Un día cuando era pequeñito tosió algo de fuego, tal y como hacen los dragones de los cuentos, pero al pensar que el fuego podía hacer mucho daño decidió arrojar por sus fauces, a partir de ese día, pompitas de jabón. Cuando Buba está contento, el País de los Cuentos al Revés se llena entero de pompas de jabón gigantes.

Carlota siempre fue una niña divertida y valiente. Desde que era pequeña le encantaba jugar subiéndose a los árboles, montar en bicicleta y echar carreras con sus mascotas gigantes; babosas del tamaño de elefantes y sapos de todos los colores. Siempre decía que de mayor quería ser astronauta y por eso se pasaba las noches acostada en la barriga de Buba mirando las estrellas.



Pero Carlota se hizo mayor y llegó a esa edad en la que muchas muchachas empiezan a tener novio. A ella no le preocupaba este tema porque había decidido no casarse de momento, necesitaba el tiempo para viajar, vivir aventuras con su dragón y prepararse para ser astronauta. Pero al Rey y a la Reina esa idea no les hacía tanta gracia. Todas las mañanas se levantaban con preocupación pensando

que Carlota se iba a quedar soltera de por vida. Entendían que las Princesas tenían que terminar sus cuentos casándose y no conocían el caso de ninguna que hubiera decidido ser astronauta y vivir su vida de manera independiente.

Sus padres, el Rey y la Reina, no paraban de repetirle que tenía que encontrar un marido para poder reinar:

- ¡Carlota! Déjate ya de tanto animalito y búscate un maridito -le repetían el Rey y la Reina una y otra vez.
- Lo que de verdad me gusta es vivir en el castillo con mis mascotas y hacer cosas divertidas y estudiar para ser astronauta. Yo no quiero casarme, todavía me quedan muchas cosas que ver y aventuras que vivir.
- Esta chica no entra en razón... algo debemos hacer...

Así que el Rey y la Reina, a la semana siguiente, fueron muy temprano a los aposentos de Carlota para despertarla:

- Venga Carlota levántate, que hemos preparado una gran sorpresa para ti ¡Así que ponte muy guapa! Celebraremos una fiesta.

Carlota emocionada se levantó de un salto, se puso su mejor vestido y abrió la ventana para contemplar el hermoso día que hacía... pero para su sorpresa, lo que Carlota vio fue a una gran fila de príncipes esperando a ser elegidos para convertirse en su esposo:

- No me puedo creer que me hayáis hecho algo así cuando sabéis muy bien que yo no quiero casarme... y ahora no puedo decirles que se vayan porque sería de muy mala educación.

La princesa se puso a pensar, hasta que se le ocurrió una gran idea: aquel que quisiera casarse con ella, debería superar una prueba. Pero claro, estas pruebas serían muy duras, para que así ningún príncipe las superara y Carlota pudiera seguir soltera y tan feliz en su castillo.

De este modo comenzó la fiesta Carlota se presentó entre todos los príncipes y explicó sus intenciones. Muchos de los príncipes decidieron regresar a su palacio, pues sus motivaciones no se acercaban en absoluto a la de buscar esposa. Otros tantos se mostraron atemorizados y prefirieron no participar, pero de entre todos los príncipes quedaron cinco deseosos de enamorar a Carlota. Optaron

por dar su consentimiento y decidieron por tanto presentarse a las pruebas.

El primero que se atrevió a pasar por las pruebas de Carlota fue el Príncipe Margarito, que era un chico muy amable, tierno, educado y un gran amante de la naturaleza. Tanto le gustaba que en su palacio tenía un gran jardín repleto de cientos y cientos de flores preciosas, algunas muy extrañas, que cuidaba y regaba con mucho cariño.

Como Margarito era un príncipe sensible y tierno al que le encantaban las flores y las plantas y se había especializado en sus olores, formas y colores, Carlota, impresionada por su afición, decidió mandarlo a su jardín encantado con una cesta llena de comida para que buscara a sus “pequeñas babosas” y les diera su almuerzo.

El Príncipe Margarito agarró la cesta con entusiasmo y se adentró en el jardín encantado. Iba buscando, con la mirada clavada en el suelo, a las babosas de Carlota, imaginando que serían diminutas, cuando de pronto, su cabeza chocó con una viscosa y pegajosa “cosa” verde.

Margarito levantó la mirada y cuál fue su sorpresa cuando descubrió que las babosas de Carlota no eran del tamaño que él imaginaba... ¡eran gigantes! Margarito salió corriendo horrorizado y poseído por un miedo insoportable, se asustó tanto al ver el tamaño de los “animalitos” que



comenzó a llorar sin encontrar consuelo en ninguna de las aclaraciones que le hacía Carlota:

- Margarito, tranquilo, si no hacen nada, son buenas y no muerden.

El Príncipe Margarito se marchó desconsolado de la fiesta, pero Carlota aprendió algo muy importante, y es que los príncipes también pueden sentir miedo... no todos son valientes.

El siguiente fue el Príncipe Danzarín, que era un chico muy inquieto al que le encantaba pasarse el día cantando, bailando y haciendo piruetas. Así que Carlota le propuso lo siguiente: “Si consigues bailar sobre patines durante 24 horas seguidas sin parar ni un solo segundo, me casaré contigo”.

Entonces el Príncipe Danzarín se puso a bailar muy animado y feliz... y así estuvo 1 hora, 2 horas, 3 horas... Y ya no bailaba tan animado, porque Danzarín estaba cansado y le dolían los pies y la espalda. Llevaba 7 agotadoras horas bailando sin parar cuando de repente comenzó a ponerse de color rojo, morado, azul, verde, amarillo y de todos los colores. Entonces se desplomó en el suelo muerto de cansancio y quejándose de dolor: “¡¡ Ayyy mis riñones... ayyy mis pies!!”. Y Carlota aprendió que los chicos también se cansan, sienten dolor y no siempre tienen porqué ser fuertes.

El próximo fue el Príncipe Oscar, al que le encantaba ir siempre muy limpio e impecable y además era un gran jinete y le encantaba presumir de su buen gusto y buenas maneras mientras montaba en sus también limpios e impecables corceles. Entonces Carlota, como prueba para casarse con ella, le propuso que domara a su caballo. Pero el caballo de Carlota era indomable y nadie nunca había conseguido montarse en él.

El Príncipe Oscar, con mucho cuidado (para no mancharse) entró en el establo donde se encontraba el indomable caballo de Carlota y en su intento de domarlo, lo único que consiguió fue que el caballo de una coz le tirara de cabeza contra el fango, manchándole toda la ropa. El príncipe al verse lleno de lodo se enfadó muchísimo porque no soportaba estar sucio, y así Carlota aprendió que a los chicos también les gusta arreglarse y estar guapos, aunque la princesa le explicó a Oscar que no pasa nada por ensuciarse y que debía disfrutar y jugar y no estar pendiente únicamente de que la ropa estuviera intachable.

Una tarde Carlota conoció al cuarto príncipe, al Príncipe Maderucho. Era un muchacho simpático y alegre, aunque algo arrogante. Presumía de cortar con su hacha los troncos más fuertes y rígidos de todos los que encontraba en los bosques, buscaba árboles grandes y altos y sin pensarlo los talaba. Así que Carlota tras observar atentamente a Maderucho decidió retarle con la siguiente prueba:

-Maderucho, tendrás que ir a mi bosque mágico y allí buscarás el árbol más fuerte, cuando lo encuentres tala un trozo de su tronco y tráemelo a palacio.

Maderucho emprendió su marcha y provisto de su hacha se adentró en el bosque para comenzar a buscar el árbol más robusto. De lo que no era consciente el príncipe, es que en el bosque de Carlota los árboles son diferentes, allí cuando uno de estos está cansado por ejemplo de tomar el sol, levanta sus raíces del suelo y se cambia de sitio. Sí, los árboles andan, y no sólo eso, también son capaces de hablar. Carlota decidió ir detrás de Maderucho, para ver la reacción de éste cuando descubriera que los árboles estaban “tan vivos”.



Enseguida Maderucho encontró el árbol más alto y fuerte, situado en el centro del bosque. A primera vista parecía un árbol normal, pero qué sorpresa se llevó éste cuando al levantar su hacha notó cómo algo en la cabeza le golpeaba para llamarlo:

-¿Qué será esto que siento en mi cabeza? -pensó Maderucho-. ¿Será una rama que se ha caído, o una hoja quizás?

Pero el árbol volvió a golpearle. Maderucho levantó la mirada y cuando vio al árbol que se movía como una persona se quedó quieto como una estatua:

-¿Qué haces con ese hacha? -preguntó el árbol- ¿no me querrás talar, verdad?
-Maderucho asustado contestó- No, sólo quería coger un trozo de madera.
-¡Un trozo de mi tronco! ¡Estás loco!, ¿sabes el daño que eso me hace?, es como si cortaras un trozo de mi barriga, ini se te ocurra! -gritó el árbol.

Maderucho se puso a pensar en todos los árboles que había talado antes, y de pronto una pena horrible se apoderó de él. Tanta era esa pena que Maderucho se puso a llorar y aunque Carlota intentó consolarle no hubo manera de que parase.

Carlota aprendió que los chicos también lloran. El Príncipe Maderucho estaba avergonzado porque una chica le había visto llorar pero la princesa le explicó que chicos y chicas tienen sentimientos y sienten miedo y no es malo demostrarlo. Y tras esto, el Príncipe Maderucho volvió a su reino para cuidar de sus bosques y sus árboles.

El último príncipe que accedió a superar las pruebas de Carlota fue el Príncipe Canijín, un chico muy simpático y alegre al que le encantaba viajar y divertirse. Al verle tan delgadito, Carlota pensó en su prueba y tuvo una idea. Le pediría a Canijín que acompañara a sus padres, el Rey y la Reina, de compras. Pero el Rey y la Reina solían hacer grandes compras, porque tenían poco tiempo, así que cuando iban a comprar lo hacían para todo el año. Canijín al principio cargaba sin problemas todos los paquetes pero cuando ya llevaba tres pares de zapatos, dos pamelas, kilos de peras y manzanas y varias cajas de leche, decidió pararse. Estaba horrorizado de todas las cosas que compraban y de cómo le hacían cargar. Con firmeza decidió soltar las cosas y con voz tajante afirmó:

-Bueno, bueno, bueno, ¿pero esto qué es? Yo ya no puedo más, todas estas cosas pesan muchísimo y yo no soy un príncipe fuerte precisamente. Estoy cansado y además pienso que no es justo que yo cargue con todo mientras el Rey y la Reina van con las manos vacías. No es justo eso, como tampoco lo es que una princesa me tenga que poner pruebas para casarme con ella, nos casaremos si estamos de acuerdo los dos y ya está, y si alguno no quiere tampoco pasa nada por quedarse soltero o soltera, ¿verdad Carlota?

Carlota no podía creer lo que el Príncipe Canijín estaba diciendo. Por fin encontraba a alguien que estaba de acuerdo con ella. Y lo mejor de todo, Carlota estaba radiante de felicidad porque había demostrado a sus padres que no era necesario que una princesa se casara y que todos los príncipes no tenían que ser valientes y fuertes. Con Margarito habían aprendido que los chicos también sienten miedo, con Danzarín que también se cansan y con Maderucho que pueden sentir pena y llorar, con Oscar que les gusta estar guapos y con Canijín que no siempre son fuertes.

El Rey y la Reina comprendieron por fin que existen princesas que se casan y otras que no, entendieron que las dos opciones son buenas siempre que ellas sean felices. Lo importante es que cada princesa elija su opción libremente y termine su cuento donde y con quien más les apetezca.

Pero ¿sabéis una cosa?

Canijín y Carlota se hicieron muy amigos. Pero Canijín era un príncipe algo miedoso y le asustaban las noches de tormenta. Cuando esto sucedía, Carlota le invitaba a hacer un juego para ahuyentar el miedo a la tormenta.

Desde entonces Carlota es la Princesa del País de la Igualdad, un país donde todos y todas pueden hacer las mismas cosas, donde se juegan con los mismos juguetes y se comparten los colores. Es un país en definitiva, donde todas las personas tienen los mismos derechos y deberes.



FIN

EL LOBITO CAPERUCITO

AUTORAS: MARISA REBOLLEDO DESCHAMPS Y SUSANA GINESTA GAMAZA (EQUIPO ÁGORA)

Había una vez, un bosque bellissimo con muchos árboles y flores de todos los colores. En ese bosque vivía un lobo muy peculiar.

Lobito era muy coqueto, le encantaba llevar el pelo muy suave y brillante. Iba siempre a lavarse las patitas en el agua fresca del río para tener las uñas bonitas y siempre llevaba la cola esponjosa porque después de bañarse la dejaba secar al sol.

Lobito vivía con su madre y su padre en una bonita cabaña hecha de troncos de madera. Su abuela que era leñadora había regalado a la mamá de Lobito las mejores maderas para hacer su casita, que entre toda la familia habían construido.

El abuelo de Lobito era modisto y un día por su cumpleaños le regaló a su nieto una capa para los días de frío y lluvia, pues el bosque era un lugar frío y lluvioso. La capa era algo llamativa y ridícula, con una caperuza roja para protegerse de la lluvia.

Pero como el abuelo le había regalado la capa con mucha ilusión, el bueno de Lobito Caperucito se lo agradeció con mucho cariño e incluso prometió llevarla todos los días para protegerse del viento y de la lluvia.

Desde aquel día en que Lobito estrenó su caperuza roja, las criaturas del bosque comenzaron a apodarlo “Lobito Caperucito” y comenzó también a ser el blanco de las burlas de todos los animales.

Lobito era el más dulce, suave y educado cachorro que se pudiera imaginar, y por ello los otros lobeznos solían rechazarlo a la hora de jugar y se burlaban de él cuando se dirigía con su cestita a llevar el almuerzo a su abuelita.

Mientras Lobito caminaba solían decirle en tono de burla:

-¡Lobito Caperucito, pareces un semáforo en rojo! Jajaja...

- ¡Cabeza de tomate!
- ¡Pareces una fresita!
- ¡Presumido!

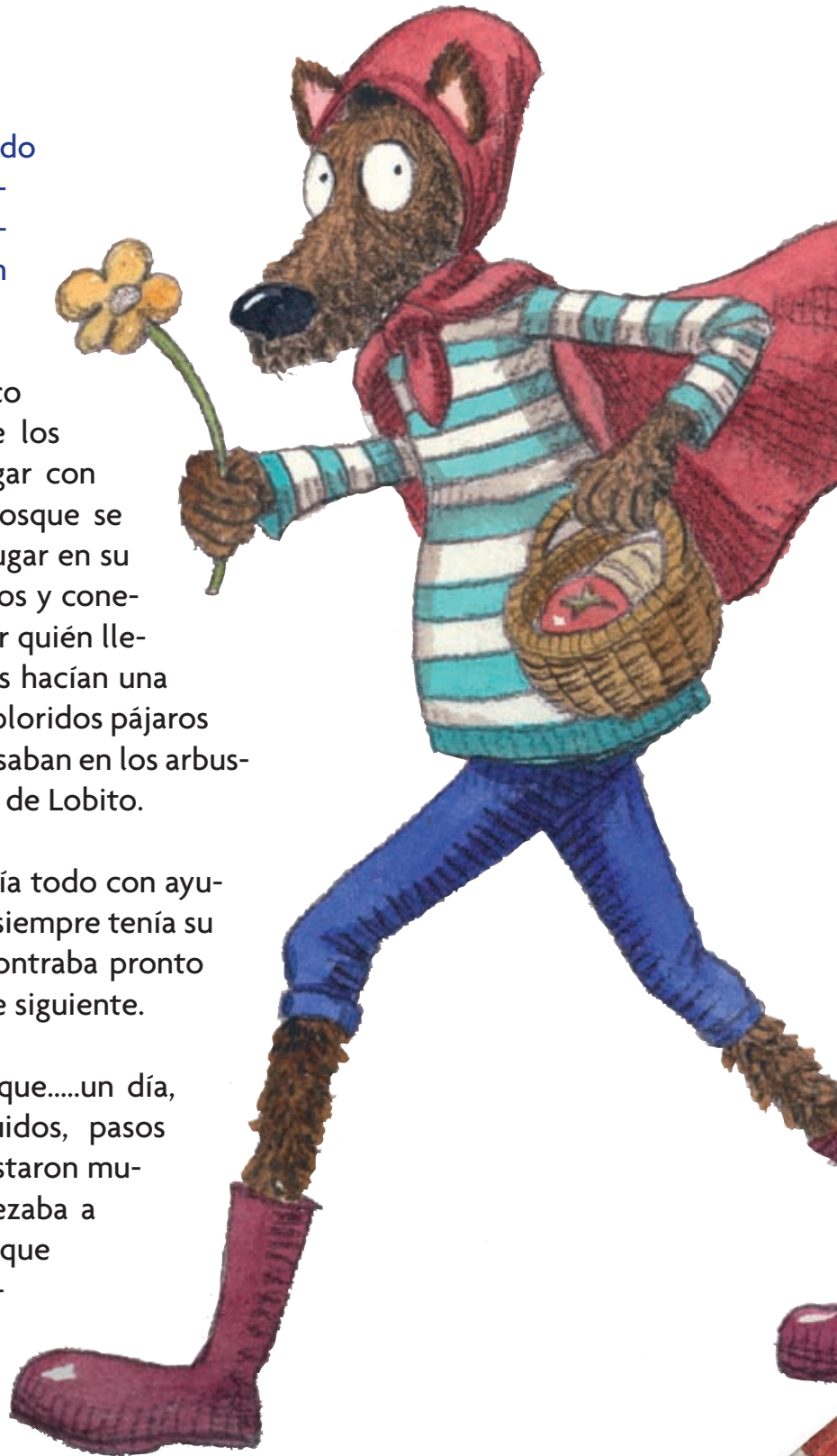
Y le gritaban:

- ¡Lobito Caperucito! ¡Menudo nombre! Un lobo debería llamarse aullador, peludo, dientes afilados, ¡vaya nombre tan ridículo! ¡Lobito Caperucito!

Pero Lobito era muy simpático con todo el mundo y aunque los otros lobeznos no querían jugar con él, el resto de criaturas del bosque se reunían todas las tardes para jugar en su casa o en su jardín. Los conejitos y conejitas hacían una carrera para ver quién llegaba a la meta. Las hormiguitas hacían una larga fila para merendar y los coloridos pájaros y las brillantes mariposas se posaban en los arbustos del bonito y cuidado jardín de Lobito.

Después de jugar, Lobito recogía todo con ayuda de sus amigos y amigas. Así siempre tenía su casa limpia y ordenada, y encontraba pronto todos los juguetes para la tarde siguiente.

Todo parecía perfecto, hasta que.....un día, los animalitos escucharon ruidos, pasos extraños. Todos y todas se asustaron muchísimo porque la tierra empezaba a temblar. De pronto, en el bosque apareció una manada de lobas y lobos. La suciedad y la maldad eran sus principales características. Llegaron y rodearon la casa de Lobito. La jefa del grupo parecía ser una



lobezna muy grandota, que dijo:

-¡Eh, tú, lobo presumido!

Lobito estaba tan pálido del susto, que parecía que se iba a desmayar.

-¿Tú no sabes que los lobos y las lobas no somos tan limpios? ¿No sabes que vivimos en cuevas, y que no usamos cubiertos para comer?

Los lobos y lobas que rodeaban la casa empezaron a reírse y a revolcarse por el suelo. Todas las amistades de Lobito Caperucito salieron corriendo a esconderse y éste se quedó allí, como una estatua de piedra sin saber qué hacer. La manada destrozó todo lo que vio, pisó las flores, se comió la merienda con las manos, tiró los juguetes al suelo y ensució el porche con tierra y hojas secas. Cuando lobas y lobos se cansaron, se fueron a su cueva a dormir en el suelo frío y húmedo pero con el estómago lleno.

Lobito se puso a llorar, no podía creerse lo que había pasado. Su casa estaba hecha un desastre y sus amigos y amigas se habían ido aterrorizados. Corrió hasta casa de su abuela para contarle lo que había pasado. La abuela loba era una anciana muy sabia. Le había enseñado a ser limpio y ordenado, pero no sólo eso, sino que también le había enseñado a ser amigo de cualquier ser que viviera en el bosque. Cuando le contó lo sucedido, la abuela empezó a pensar en un plan: la manada vivía en una cueva fría y húmeda y dormía en el duro suelo.

La manada de lobos y lobas vivía en una cueva fría y húmeda y dormía en el duro suelo. Su cueva estaba tan sucia y maloliente que nadie se atrevía a acercarse a su hogar, con lo que apenas tenían amistades, y por eso la antipatía y la soledad era su atributo principal.

La abuela le propuso a Lobito que invitase a aquel grupo a una fiesta de cumpleaños, y que ella le ayudaría a prepararla. Lobito se echó las manos a la cabeza y le dijo a su abuela:

-¡PERO SI SÓLO SABEN MALDAD Y SUCIEDAD! ¡NO NOS VAN HA DEJAR JUGAR! Además, no quiero que destrocen de nuevo mi casa, y asusten a mis amigos y amigas.

La abuela que era muy lista, le dijo a Lobito que hiciera lo que ella decía, que todo saldría bien. Lobito le hizo caso y les mandó una invitación preciosa, donde ponía:



Cuando vieron la invitación no se lo podían creer, hacía tanto tiempo que nadie les invitaba a una fiesta, que el nerviosismo y la alegría se adueñaron de sus corazones. Fueron a casa de Lobito y cuando vieron todos los globos de colores, las mesas llenas de bocadillos y golosinas, una tarta gigante de chocolate y nata, una piñata llena de regalos... ¡no se lo podían creer!

Los conejos y las conejas se habían puesto un collar de flores, los erizos se habían peinado los pelos de punta, los cervatillos tenían un lazo precioso en la cabeza, las ardillas llevaban una pajarita y Lobito se había puesto más guapo que nunca. Al lado de la gran piñata había un cartel que ponía:

“OS DAMOS LA BIENVENIDA A VUESTRA FIESTA DE CUMPLEAÑOS, LOBOS Y LOBAS DEL BOSQUE”

Cuando los lobos y las lobas leyeron el cartel, empezaron a llorar y a llorar de la emoción, porque hacía mucho tiempo que nadie les invitaba a una fiesta. Hacía mucho tiempo que nadie quería jugar con la manada.

Se miraron, y les dio vergüenza su suciedad y sus harapos, así que Lobito les invitó a bañarse y arreglarse en su casa para poder disfrutar de la fiesta que se había celebrado en su honor. Y así lo hicieron, se acicalaron con tanto cuidado y olían tan bien, que a nadie le importaba jugar con ellos y ellas.

Lobito perdió el miedo a que estuvieran cerca. Los lobos y las lobas del bosque para darle las gracias a Lobito le prometieron que jamás volverían a portarse mal. Comprendieron que era más divertido ser amables que destrozar las cosas ajenas. Porque así, no sólo te invitaban a fiestas de cumpleaños, sino que además podían jugar con muchos amigos y amigas y pasárselo genial.

FIN

LA BELLA BESTIA

AUTORAS: MARISA REBOLLEDO DESCHAMPS, SUSANA GINESTA GAMAZA Y YOLANDA GALINDO TELLO (EQUIPO ÁGORA)

Había una vez, una oruga verde, peluda, babosa y con los ojos saltones. La verdad es que no era una oruga muy bonita, pero era la oruga más simpática de todo el jardín en el que vivía. Se llamaba Lola y le encantaban las flores.

Se lo pasaba genial correteaba entre las flores y jugaba con todos los insectos. Los saltamontes le enseñaban a saltar, las abejas le enseñaban a recoger polen, con las hormigas jugaba al escondite y las libélulas la llevaban volando de un lugar a otro del jardín, como si fuera en helicóptero.

Era la oruga más fea y más feliz de todo el lugar. Un buen día, empezaron a plantar flores nuevas en el jardín, y con las nuevas flores llegaron insectos de otros lugares, que cada vez que veían a la oruga verde, peluda, babosa y con los ojos saltones se reían de ella. Decían que era la oruga más fea que habían visto jamás.



La pobre oruga empezó a dejar de comer y a dejar de jugar. Estaba tan triste que lo único que hacía era arrastrarse despacito entre los arbustos más pequeños para camuflarse y que no la vieran llorar.

Uno de esos días tristes empezó a encontrarse extraña, decidió acostarse a descansar y dormir y dormir hasta que se le pasase el malestar.

A la mañana siguiente una mariposa del Reino de las María-Posadas la visitó y le dijo: “¡Bienvenida a nuestro reino!, pronto dejarás de ser una fea bestia para ser una bella mariposa”. Nuestra amiga no entendió bien lo que quería decir y continuó con su plácido sueño.

Pasaron dos días y la oruga seguía durmiendo. Cuando se despertó fue a lavarse las gotas de rocío que la noche había dejado sobre ella. Cuando se vio reflejada en el agua **¡SE PEGÓ UN SUSTO ENORME!** Casi no se reconocía, su cuerpo peludo y baboso había cambiado hasta convertirse en una hermosa mariposa, tenía unas alas tan grandes y coloridas que se confundían con los colores del arco iris. Su aspecto era totalmente diferente.

Se fue corriendo para que la vieran aquellos insectos que se burlaban de ella, para que vieran lo hermosa que era ahora. Al verla todos se quedaron con la boca abierta.

Llamó a los saltamontes para saltar con ellos, pero sus patas ya no le permitían hacerlo como antes. Llamó a las abejas para recoger polen con ellas, pero sus alas eran tan grandes que se quedaba todo el polen pegado en ellas y era muy difícil limpiarlo después. Llamó a las hormigas para jugar al escondite, pero era imposible con su tamaño esconderse en el hormiguero. Llamó a las libélulas para subirse sobre ellas e imaginarse que iba en helicóptero, pero su peso lo impedía, ya que sus alas sólo le permitían volar como una mariposa.

Fue entonces cuando echó de menos ser una oruga y se dijo: “antes yo no era bella pero no me preocupaba, vivía feliz, me arrastraba por las hojas verdes de los árboles y podía jugar con mis amigas y amigos sin temor a mancharme o perder mis colores”.

Quería jugar como lo hacía antes. Comprendió que la belleza no es nada importante y que tener amigos y amigas para jugar es el mayor tesoro que una oruga puede tener. Entonces decidió que si era feliz siendo oruga ahora tenía que aprender a serlo siendo mariposa. Así que despreocupándose de su fealdad o belleza, se prometió disfrutar cada día con sus amistades, viviendo y aceptándose tal y como era.

FIN



EL PRINCIPE CENICIENTO

AUTORA: MARISA REBOLLEDO DESCHAMPS

Os voy a contar la historia del Príncipe Ceniciento que había heredado ese nombre de su tatarabuela a la que todos llamaban Cenicienta.

Ceniciento era gran amante de los animales, digamos que de mayor no quería dedicarse a las tareas reales, sino que quería ser veterinario. Pero sobre todo, Ceniciento adoraba a su Caballo Lucero y era inmensamente feliz cuidándolo, jugando con él y saliendo a cabalgar juntos por el bosque. Disfrutaba mucho dándole de comer, bañándolo, peinándolo...

Sucedió que su padre el Rey y su madre la Reina debían hacer un largo viaje por otros reinos para solucionar importantes problemas. Cuando se lo comunicaron Ceniciento se puso muy triste, pero luego se alegró al saber quién se quedaría a su cuidado, ¡EL VETERINARIO REAL! ¡HURRA! Podría aprender con él su profesión y cuidar de los animales que era lo que más le gustaba hacer. La verdad es que con esa noticia el disgusto se le pasó un poco.

El veterinario real vivía con su esposa y sus dos hijos. En su reino eran las mamás las encargadas de las tareas de la casa y del cuidado de sus hijos e hijas. Los hijos del veterinario real, cuando no iban a la escuela, iban con su papá a ayudarlo en sus tareas de cuidado de los animales. Ceniciento solía ir con ellos y era muy feliz en contacto con los animales. La primera semana curaron a un loro afónico, una gatita que se había resfriado y a varias yeguas y caballos que habían comido demasiada hierba en el prado.

Ceniciento pasaba mucho tiempo con su amigo más especial, su caballo Lucero. Salía a pasear con él y el veterinario real le enseñó algunos trucos para cuidarlo mejor.

Pero sucedió que la esposa del veterinario real enfermó y la tuvieron que llevar al hospital. El veterinario reunió a sus hijos y a Ceniciento, les comunicó la noticia y también les dijo que debían decidir quién cuidaría de la casa durante la ausencia de la mamá. Decidieron sortear la tarea y... ¡LE TOCÓ A NUESTRO AMIGO CENICIENTO!

Ceniciento desde ese día tuvo que hacer todas las tareas de la casa: cocinar, lavar, planchar, fregar, limpiar, hacer la compra, hacer las camas, etc, etc, etc...

Cuando regresaba de la escuela se pasaba toda la tarde trabajando en casa sin descanso, mientras los demás se marchaban a curar y a cuidar de los animalitos o a jugar, sin colaborar en nada. Y encima ensuciaban y desordenaban todo.

Ceniciento se quedaba trabajando sin parar. Por la noche, después de cenar, todos veían la tele o podían jugar un rato, mientras él tenía que recoger los platos y limpiar lo que se había ensuciado durante la cena, además de preparar la comida para el día siguiente. También era el primero en levantarse para preparar el desayuno de los y las demás.

Pero a Ceniciento no le importaba tanto tener que trabajar sin descanso, escuela-casa, casa-escuela, como no poder ir a pasear con su caballo Lucero, no poder siquiera visitar su cuadra, peinarlo o darle de comer. Estaba muy triste por no poder, tan siquiera, ver a su amigo.

Ocurrió que como Ceniciento no iba a visitar a Lucero, éste enfermó de tristeza porque echaba de menos a su compañero de trote y de juegos. Lucero dejó de alimentarse. Sumido en la tristeza dejó de comer y poco a poco fue perdiendo sus fuerzas y enfermó gravemente.



Ninguna medicina ni poción mágica sirvió para reanimar a Lucero. Cuando Ceniciento se enteró de que Lucero estaba enfermo pidió permiso para ir a visitarlo. El veterinario real le aconsejó que si quería ayudar a su amigo debía cocinar unas hierbas curativas para hacer una poción.

Lucero no experimentaba mejoría a pesar de las pociones que le daba el veterinario real y Ceniciento, más triste aún, se quedaba en casa hirviendo hierbas mientras los demás salían al bosque a curar animales. Ceniciento comenzó a pensar que quizás Lucero no tenía ninguna enfermedad que él no pudiese curar con su compañía.

Una tarde mientras barría el porche, vino a visitarle la Gran Maga Luna que vivía en la Montaña Mágica. La Gran Maga Luna le confesó a Ceniciento la verdadera causa de la enfermedad de su caballo: Lucero había enfermado de la tristeza que le causaba la ausencia de su gran amigo. Ceniciento contó a la Maga su idea de escaparse, llevándose con él a Lucero, pero ésta le explicó que si, esa misma noche, Lucero no ingería algo de alimento su vida correría grave peligro.

Ceniciento y la Maga decidieron entonces salir rápidamente en busca del caballo. Al llegar a los establos encontraron a Lucero tumbado y sin fuerzas, pero al oír la voz de Ceniciento abrió los ojos y se le iluminó la mirada.

Ceniciento y la Maga salieron a buscar bayas, las favoritas de Lucero, que sólo su amigo conocía. Ya en el establo prepararon un mejunje y Lucero lo devoró con ansiedad, bebió agua y pasadas unas horas, había recuperado parte de sus fuerzas. Esa misma tarde, Ceniciento lo llamaba desde fuera del establo y salía elevando sus patas delanteras, trotando tras su amigo. Corretearon por el bosque y fueron en busca de ricos pastos para que el caballo se alimentara y recobrará totalmente las fuerzas.

Mientras tanto el veterinario real y sus hijos se prepararon para cenar y vieron que Ceniciento no estaba. Pensaron que algo malo le había sucedido y tras esperarle toda la noche, salieron a buscarle al amanecer.

Lo encontraron correteando alegremente por el bosque, seguido de Lucero. Cuando los vieron no cabían en sí de gozo al comprobar que nada malo le había ocurrido y también por ver al bueno de Lucero, a quien todos querían, correteando tras su amigo.



Ceniciento les contó lo sucedido y explicó la causa de la enfermedad de Lucero y también, lo dura y sacrificada que era la doble jornada de trabajo que llevaba en los últimos tiempos. Entre la escuela y las tareas de la casa no le quedaba ningún tiempo para compartir con su caballo y para aprender las tareas de veterinario que era lo que más le gustaba. Toda la familia le comprendieron y a partir de entonces decidieron compartir las tareas de la casa para que así todos y todas tuviesen tiempo libre para aprender otras cosas y divertirse o descansar.

Cuando regresó la esposa del veterinario real, también se alegró de ese nuevo reparto de tareas, pues a partir de ese momento ella ya no tendría que regresar del trabajo y hacer todo, sin tiempo para nada, sino que compartirían entre toda la familia las tareas, y ella estaría más descansada y tendría tiempo libre para otras actividades o para descansar.

FIN

TARZANA

AUTORAS: MARIA DEL MAR QUIRÓS LEAL Y MARIA ÁNGELES GARCÍA CORDERO (EQUIPO ÁGORA)

En lo más profundo de la jungla, cerca de una catarata, vivía Tarzán con su hija Tarzana. Un día Tarzán reunió a todos los animales y jefes y jefas de las tribus porque tenía que decirles algo muy importante. Tarzán les dijo:

“Ya es hora de que alguien me sustituya. Me estoy haciendo mayor, estoy perdiendo fuerza y me resbalo en las lianas. Además no puedo gritar como antes (Tarzán intenta lanzar un grito que le provoca tos). ¿Veis?”

ANIMALES: ¿Qué pasará ahora? ¿Quién se encargará de protegernos? La tradición manda que sea tu hijo quién ocupe tu lugar, y tú sólo tienes una hija.

TARZÁN: ¿Y qué hay de malo en ello? ¿Acaso Tarzana no puede hacer lo mismo que yo? Ella mejor que nadie conoce la selva porque siempre me ha acompañado allá donde he ido.

ANIMALES: Pero entiéndelo... es una niña... y las niñas... ¡tú nos entiendes!

Tras discutir mucho, el Consejo de la jungla decidió que sería mejor hacer un concurso y quién superara todas las pruebas, sería el nuevo Tarzán, además de poner su nombre a las cataratas de la jungla.

ANIMALES: Por supuesto, Tarzana puede presentarse... ¡Ya veremos si es tan buena como dices!

Cuando Tarzán llegó a casa, contó lo sucedido a su hija Tarzana, quien se sorprendió mucho:

TARZANA: ¿Cómo?, ¿Que tendré que superar unas pruebas para poder proteger la jungla? Papá, no lo entiendo. Llevo toda la vida protegiendo la jungla, y es algo que sé hacer mejor que nadie. ¿Y todo porque soy chica? ¡Pues se van a enterar de quién es Tarzana!

Mientras tanto, el Consejo de la jungla se reunió para poder preparar las pruebas... pruebas que, según ellos, nunca podría superar Tarzana.

Y llegó el día del concurso. La primera prueba consistía en conseguir el fruto más exótico del árbol más alto de la jungla. El rey de los monos pensaba que esa prueba sólo la pasaría Mandrilo, el mono más ágil.

Tarzana dio un brinco y para sorpresa de todos fue más ágil que Mandrilo. Además conocía mejor que nadie los árboles de la selva. A pesar de las zancadillas y empujones de Mandrilo, Tarzana fue ganadora indiscutible de la prueba.

En la segunda prueba tenían que cruzar nadando el Lago del Príncipe Ceniciento.



Los favoritos eran: el cocodrilo Dientes Largos, la piraña Muerdetodo y Aitor el castor ¡Tarzana no podrá superar esta prueba! Eso es lo que pensaban la mayoría de los animales, e incluso algunos jefes y jefas de las tribus vecinas.

Todos los animales que participaban vivían en el agua, y estaban acostumbrados a nadar. Como Tarzana conocía muy bien a todos los animales y era bastante lista, usó dos grandes hojas que se colocó en los pies (como las personas que practican submarinismo) y así pudo nadar más rápido. Apesar de los intentos del cocodrilo Dientes Largos, y la Piraña Muerdetodo, por morderla, Tarzana consiguió cruzar el río la primera, aún habiendo perdido una de las hojas de sus pies.

El comentario general era que había sido cuestión de suerte.

La tercera prueba era una de las más duras, porque las y los concursantes debían demostrar fuerza y rapidez, ya que tenían que conseguir el trozo de hielo más grande de las montañas de la Maga Luna.

ANIMALES: Esta prueba no podrá superarla casi nadie. Hay que ser tan fuerte como un elefante y tan veloz como el guepardo. No existe nadie así.

Pero se equivocaban. Tarzana estaba acostumbrada a subir a la montaña y recoger hielo para que su padre preparara ese granizado de papaya que tan bien le salía. Os podéis imaginar la cara de todos, cuando Tarzana bajó con el trozo más grande de hielo que jamás habían visto. Tan grande era que nuestra heroína pudo preparar granizado de papaya para casi toda la jungla (excepto para la tortuga que era diabética).

Y aunque os parezca que aquí acabó todo, no es así. ¡Todavía a Tarzana le quedaba la Gran Prueba Final!

¡TENÍA QUE HACER LLOVER!

Mandrilo bailó durante 5 minutos, e inmediatamente comenzó a llover. Pero resultó ser su amigo el chimpancé francés con una regadera el que echaba agua desde el árbol más alto de la jungla.

El cocodrilo Dienteslargos también lo intentó, pero el jefe del Consejo descubrió que lo que hacía era golpear un gran charco con su cola y salpicar agua a todo el mundo.

Koki Bongui, el hijo del jefe de la Tribu de la Llanura Verde, realizó una danza para llamar a la lluvia, pero en lugar de decir YIN BE (que quería decir agua) dijo YIN BO (que significaba sol en su idioma) y durante 2 días no se pudo salir a la jungla del calor que hacía.

Y así llegó el turno de Tarzana, que tan solo cantó, pero que lo hizo tan mal, tan mal, tan mal... que no paró de llover en 3 días. Hasta las ranas tuvieron que usar flotadores para no ahogarse.

Y esta es la historia de Tarzana, de cómo una niña consiguió ser la protectora de la jungla y de cómo las cataratas llevan su nombre.

A partir de ese día todas las personas y criaturas de la jungla tuvieron las mismas oportunidades.

¡Ah, se me olvidaba! Desde aquel día, Tarzana recibe clases de canto del Profesor Ruiseñor.

Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado....



BLANCANIEVES Y LOS SIETE ALIENÍGENAS

AUTORAS: MARISA REBOLLEDO DESCHAMPS Y SUSANA GINESTA GAMAZA (EQUIPO ÁGORA)

Blancanieves era una niña trabajadora y muy obediente, que vivía en una bonita casa con su papá y con la esposa de éste, que era periodista. A las dos les encantaba ir juntas, todas las mañanas, a comprar el periódico y comentar las noticias de actualidad.

Blancanieves iba creciendo y llegó el momento de decidir qué quería hacer, si iba a estudiar, a buscar trabajo... Una mañana su madrastra la llamó al salón y le dijo que iban a hablar sobre su futuro. La chica tenía muy claro que lo que deseaba hacer, era algo con lo que había soñado desde muy pequeña y así se lo expuso a su madrastra.

Blancanieves le dijo que quería ser cantante. Desde siempre había cantado en la ducha y creía que no se le daba nada mal. La madrastra le dijo que eso estaba bien, pero que primero tendría que estudiar mucho para poder tener un futuro en esa profesión, o poder dedicarse a otra cosa si algún día se le estropeaba la voz.

Blancanieves no comprendía porqué tenía que estudiar. Pensaba que siendo famosa todo el mundo querría estar con ella, recibiría invitaciones y le comprarían todos los regalos que ella pidiese. Además pensaba que, cuando fuese famosa, todos los príncipes querrían casarse con ella. Y, por supuesto, estaba convencida que con un marido no le haría falta nada más.

Decidió marcharse de casa y empezar a buscar suerte. Buscó trabajo durante varios días seguidos hasta que, una buena mañana, le llamó la atención una débil luz verde que resaltaba entre los edificios. Se acercó a la luz y, en medio de una gran plaza, descubrió una reluciente aeronave plateada donde un letrero de neón parpadeante decía:

“EL GRUPO LOS ALIENÍGENAS BUSCA UNA CANTANTE”



Blancanieves llamó al timbre. La puerta se abrió silenciosamente y ella entró nerviosa. Había un grupo de chicos con una batería, una guitarra eléctrica y más instrumentos que ella no conocía. Todos llevaban una camiseta verde que ponía: “**LOS ALIENÍGENAS**”.

La invitaron a pasar, y ella les preguntó: “¿Buscáis una cantante? pues aquí tenéis a la chica adecuada para el puesto vacante”.

Uno de los chicos del grupo, dijo que primero tendrían que hacerle una prueba y una entrevista, y empezaron a hacerle preguntas:

- ¿Has estudiado solfeo?
- ¿Has estudiado danza?
- ¿Conoces las notas musicales?
- ¿Sabes qué es un pentagrama?
- ¿Sabes tocar algún instrumento?

Blancanieves se quedó pálida sin saber qué decir, parecía que le estaban hablando en chino. No entendía ni una palabra de lo que le estaban preguntando, así que se despidió y se fue a hablar con su madrastra.

Se lo contó todo, y le dijo que ella tenía razón, que para ser una buena cantante tenía que estudiar mucho. La madrastra le ayudó a inscribirse en el conservatorio de música y danza y a buscar a alguien que le diera clases particulares de piano.

Al cabo de un tiempo, Blancanieves fue a buscar de nuevo al grupo de Los Alienígenas. ¡Cuál fue su sorpresa! Ya no eran un grupo, se habían disuelto por falta de solista. Blancanieves les dijo que había estudiado mucho y que ahora estaba preparada para intentar ser una de las mejores cantantes, que podían intentarlo juntos, y que ella estaba dispuesta a luchar por su sueño con todas sus fuerzas.

Empezaron a ensayar día y noche, compusieron canciones estupendas y consiguieron tener algunas actuaciones por los alrededores, hasta que consiguieron un concierto importante en la capital. Todos los carteles anunciaban al nuevo grupo:

“**BLANCANIEVES Y LOS 7 ALIENÍGENAS**”

Cuando empezaron a cantar, nadie les hacía caso, porque no eran ningún grupo conocido y la gente esperaba a las estrellas del concierto. Pero Blancanieves había estudiado mucho y se había preparado muy bien, cantaba y bailaba estu-



pendamente. Además sus canciones eran muy marchosas y movidas y Los Alienígenas tocaban de maravilla, así que consiguieron entusiasmar al público que se puso a bailar y los aplaudieron sin parar. Se convirtieron, de esta manera, en las auténticas estrellas del concierto.

Desde entonces el grupo tuvo mucho éxito, y Blancanieves ya no quería casarse con ningún príncipe, no le importaba la fama ni los regalos. Ella quería seguir cantando porque era lo que realmente le gustaba y para lo que se había preparado, trabajando y estudiando mucho.

Había aprendido una gran lección: **todas las personas deben luchar y esforzarse por alcanzar sus metas para ser personas independientes y felices.**

FIN

BUBA, EL DRAGÓN MASCOTA DE LA PRINCESA CARLOTA

AUTORAS: MARISA REBOLLEDO DESCHAMPS Y MARÍA CONSTENLA RAMOS (EQUIPO ÁGORA)

En el centro del bosque del País de los Cuentos al Revés, oculto por los árboles hay un volcán, que nunca ha arrojado fuego. En su interior vive un dragón. Un dragón pequeñito, un bebé dragón, cuyo nombre es Buba.

Buba es un dragón muy especial, no le gusta la violencia y dice que es pacifista, es decir, amigo y defensor de la paz. Además es vegetariano, no come carne, se alimenta de los frutos del bosque y no le gusta matar animalitos para comérselos. Es muy tímido y tranquilo, por eso vive en el volcán donde está protegido al calor de sus brasas, porque también es muy friolero. Ahora, eso sí, le encanta jugar a todos los juegos: al escondite, a la comba... y lo que más le gusta de todo es viajar y vivir muchas aventuras. Lo que no le gusta es asustar a nadie y tener un aspecto fiero, por eso nunca arroja fuego por sus fauces sino que lanza hermosas y juguetonas pompas de jabón. Sabe que con el fuego podría quemar a alguien y sufriría mucho si dañara a algún animalito del bosque o a sus hermosos árboles.

Las criaturas que habitan el bosque conocen bien lo que es un dragón, han leído cuentos y saben como son. Saben que echan fuego, que no les gusta jugar, que se enfadan por todo, que son feroces, rompen los nidos de los pájaros, se comen los peces pequeños y que siempre, siempre están muy serios. Nadie quiere acercarse al volcán, tienen miedo de molestar al dragón y hacer que se enfade, así que prefieren bordear todo el bosque antes que pasar por allí, y la verdad es que es una pena, porque alrededor del volcán hay unas flores preciosas y la hierba es muy suave.

¡Pobre Buba!, si lo conocieran de verdad no pensarían así y no estaría tan solito para jugar, aunque Buba tiene una gran amiga que ya sabéis quién es.

¡ES LA PRINCESA CARLOTA!

Bien, pues ahora, os contaré como Buba, el dragón mascota de la Princesa Carlota, conoció a su gran amiga.



Un día Carlota paseaba por el bosque y decidió acercarse al volcán y gastarle una broma al dragón. Esperó a que el dragón estuviese dormido, y con barro le pintó todo el cuerpo, para que cuando despertase creyera que estaba muy enfermo. Cuando terminó la broma se escondió tras unos setos y esperó a que el dragón se despertara.

Pasado un rato, el dragón abrió los ojos, se despertó y fue directo a beber agua al lago. Carlota confiaba en que, al verse reflejado en el agua, Buba enfurecería y se enfadaría muchísimo, que rugiría y echaría fuego por la boca. Lo tenía todo planeado, en ese momento le haría una burla y se echaría a correr.

Pero las cosas no sucedieron como Carlota pensaba. El dragón al verse reflejado en el lago se asustó mucho, no comprendía qué le estaba pasando, puso cara de

preocupación y empezó a llorar desconsoladamente. Carlota no sabía si correr o consolar al dragón que en ese momento parecía de todo menos fiero.

Al final, Carlota apenada, salió de su escondite para consolar a Buba que en lugar de rugir le pidió ayuda, le dijo que estaba muy enfermo, que no conocía a nadie y que no sabía que hacer. Carlota le explicó, que había sido una broma. Buba dejó de llorar y le preguntó por qué había hecho algo así, si él nunca había molestado a nadie. También le dijo que no comprendía por qué nadie quería entablar amistad con él.

Carlota le pidió perdón y le prometió que le compensaría por su broma pesada. Y desde entonces se hicieron inseparables, jugaban juntos, corrían aventuras y viajaban a los lugares más recónditos del reino. Desde aquel día Buba se convirtió en el dragón mascota de la Princesa Carlota.

Carlota explicó a todo el reino que Buba no era el fiero dragón que imaginaban. Les dijo que era un dragón muy bueno, que no era agresivo, ni se enfadaba, ni echaba fuego por la boca, y que esa era la razón de que viviese allí solo. La familia del dragón no entendía por qué no se comportaba como las y los demás y le reñían cuando no se enfadaba, ni rugía. Harto e incomprendido decidió irse a vivir al volcán, creyendo que allí todo sería diferente.

Más tarde Carlota pidió a la Maga Luna que reuniera a todas las criaturas del bosque y les explicó lo siguiente:

- Buba el pequeño dragón, no es como las y los demás. Es tierno, tímido y sensible. No hay nada malo en ser sensible y llorar, ser un dragón no impide tener sensibilidad. Los dragones no tienen por qué ser malos. Hay muchas maneras de ser dragón.

El dragón necesita enseñaros algo: **ser diferente no es nada fácil**. Al él le pasa un poco como a los niños y niñas que no viven en el País de los Cuentos al Revés, se cree que los niños tienen que ser de una manera y las niñas de otra. Dicen que los niños tienen que ser brutos, valientes y que no pueden llorar porque los niños no lloran y que las niñas tienen que ser buenas, dóciles y primorosas.

Pero **todo el mundo sabe que las niñas también son fuertes y valientes y que los niños también son tiernos y delicados**. Aquí en el país de los Cuentos al Revés,

hemos conseguido que todos y todas trabajemos en igualdad, hemos logrado un país más justo donde todas las personas pueden ser como quieran y no tienen que comportarse como dictan las costumbres.

Sin embargo, no podemos desistir porque todavía tenemos que conseguir lo mismo con la familia dragona. También esperamos que en otros lugares luchen por ser tan libres y soñadores como nosotros y nosotras, que persigan un mundo más justo donde **niños, niñas, mujeres y hombres bailen, lloren y rían conjuntamente y puedan vivir como iguales.**

La Maga Luna decidió hacer una gran fiesta para el dragón y contarle a todo el bosque cómo era Buba. Nadie quería ir a la fiesta, les daba mucho miedo, pero sucedió algo que les hizo cambiar de opinión.

Un día antes de la fiesta, se rompió el puente que comunicaba las dos partes del bosque con lo que la población quedó dividida, y no podía comunicarse. Además, se iba a tardar mucho tiempo en volver a construirlo, por lo que era un verdadero problema. La Maga Luna le contó a Buba lo que había sucedido y durante la noche, antes de la fiesta, el dragón trabajó duramente y construyó un nuevo puente. Todas las personas vieron cómo lo hacía y comprobaron que el dragón era bueno. Se lo agradecieron inmensamente, así que decidieron ir a la fiesta y pedirle disculpas por haber tenido una opinión errónea sobre él antes de conocerlo. Lo abrazaron y lo aceptaron, aprendieron que no es fácil ser diferente y decidieron que nunca más volverían a prejuzgar a alguien antes de conocerlo.

FIN